

LA DELIBERACIÓN, O CÓMO CONSOLIDAR LA DEMOCRACIA A TRAVÉS DE LA DISCUSIÓN

«La deliberación es un ideal que implica darle al mayor número posible de ciudadanos los medios de confrontarse a opiniones distintas a las propias», dice Bernard Manin, filósofo francés, profesor de Teoría Política en la Universidad de Nueva York y en *l'Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales* de París y uno de los principales referentes de la *democracia deliberativa*, teoría que considera que la discusión pública es una condición necesaria de toda democracia. Para Manin el ideal deliberativo es «difícil pero deseable» porque «favorece la tolerancia y la comprensión» y «permite decidir bien» sobre los problemas colectivos. Está convencido de que en las democracias occidentales la legitimidad «debe venir de la deliberación» y de que el debate público «mejora el funcionamiento democrático» y evita «toda una serie de errores e incompetencias» en los gobiernos. En esta entrevista Manin explica en qué consiste su ideal deliberativo, expone algunas formas de realizarlo y responde por qué la decepción democrática puede convertirse en una herramienta de invención política.

— Varios analistas políticos coinciden en que vivimos en democracias de individuos aislados que ya no comparten valores y pasiones comunes ¿Es posible la deliberación en esta situación?

— Es verdad que hay una individualización de condiciones (en el trabajo, en las relaciones entre las personas, en los comportamientos políticos) pero no creo que haya que concebir el individualismo como si estuviésemos en un mundo en

el cual los individuos se repliegan sobre sí mismos y no se interesan por los problemas comunes. Esta tesis no me parece verificada por los hechos. El individualismo es una noción general y un poco difusa, y no debe oscurecer que existen fuertes movimientos y reivindicaciones en los que aparece un cierto militantismo. En el mundo hay un recrudescimiento de la participación *protestataria* o no electoral. Las preocupaciones colectivas continúan manifestándose. Y los movimientos políticos, a pesar de que tengan una forma de protesta, son proyectos colectivos que se prestan a la deliberación y continúan movilizando energías y pasiones.

— La pobreza, la desigualdad, el acceso diferente a la información ¿son límites para la deliberación en las democracias?

— No hay ninguna razón para pensar que la confrontación entre opiniones opuestas sea menos necesaria en las democracias más recientemente consolidadas que en las democracias avanzadas. La deliberación colectiva es un ideal que incluso en las democracias ricas o consolidadas está lejos de ser realizado. Mi tesis consiste en afirmar que la legitimidad democrática debe venir de la deliberación y de la confrontación de posiciones opuestas, que es uno de los valores centrales de toda democracia. La idea de la discusión de los asuntos colectivos, es decir, la idea de que los miembros de una colectividad discuten y argumentan antes de tomar una decisión colectiva, es quizás anterior a la democracia. Como señala Amartya Sen, la libre discusión es un valor todavía más universal que las elecciones.

— Pero usted sostiene que la libre discusión no alcanza para la deliberación sino que también hay que legitimar las opiniones de los adversarios. Y no todos están en las mismas condiciones para deliberar...

— Es cierto. La libre discusión no es suficiente para la deliberación. Pero en todo caso, no veo por qué las democracias más recientemente consolidadas tendrían menos necesidad de la confrontación de argumentos opuestos que las democracias más desarrolladas. Allí también se encuentran individuos y grupos con opiniones opuestas sobre las decisiones colectivas. El hecho de que la deliberación sea un ideal exigente y difícil no significa que la voz de aquellos que son capaces de deliberar convenientemente deba pesar más que la voz de otros. El ideal implica darle al mayor número posible de ciudadanos los medios de deliberar. Supongamos una situación inversa en la cual dijéramos «mucha gente no tiene en la actualidad la posibilidad de deliberar de una forma conveniente, entonces no hay que proponer la deliberación como un ideal». El resultado sería

una situación en la que los ciudadanos se encerrarían en ellos mismos sin darse cuenta de que hay otras opiniones a las suyas que quizás también son razonables. Ni la democracia ni la cultura democrática se consolidarían si aceptáramos este hecho sin intentar cambiarlo.

— En Estados Unidos y en Europa varios presidentes latinoamericanos son caracterizados de «populistas». ¿Estos liderazgos condicionan la deliberación?

— Los presidentes fuertes son un obstáculo a la deliberación y a la idea deliberativa. El obstáculo es que alguien, una persona, un partido o un movimiento, se presente como la encarnación del bien común. Todas las situaciones en las que un líder fútil, de izquierda o de derecha, pretenda que fuera de su propia posición sólo hay élites corruptas o incapaces, se oponen de hecho a la norma del ideal deliberativo. Porque la deliberación comienza con el reconocimiento fundamental de que hay otra parte que también tiene razón. Y el populismo no es eso.

— ¿Cómo se puede traducir el ideal deliberativo en la práctica?

— Primero, organizando encuentros públicos que favorezcan la contraposición de opiniones contradictorias. Hay también iniciativas descentralizadas como la organización de instancias locales de participación ciudadana sobre decisiones relacionadas con los problemas del barrio o la ciudad. También está el caso de las conferencias de consenso (por ejemplo, como las impulsadas por los daneses para resolver problemas del medio ambiente) o de los jurados de ciudadanos. Son todos foros deliberativos que pueden ser organizados por autoridades independientes, asociaciones o por el mismo poder público. No es suficiente que haya opiniones contradictorias en la sociedad sino que hace falta que estas opiniones sean expuestas públicamente, que veamos cómo se confrontan y argumentan. Y hay varias dificultades para ello como la segmentación de los medios de comunicación y la segregación residencial (es decir, cuando la gente se junta por grupo de homogeneidad) que no facilitan el encuentro de opiniones diferentes.

— Si la deliberación sirve para tomar buenas decisiones, cuando no deliberamos ¿las decisiones serán siempre malas?

— No siempre. Pero tendremos menos probabilidades de tomar decisiones correctas. Esa es mi tesis, efectivamente. Tenemos más oportunidades de decidir bien, en términos morales o de eficacia, si deliberamos. La deliberación no garantiza una buena decisión en un caso particular sino en un conjunto de decisiones.

La mejor forma de saber si una opinión o decisión es buena o mala es que ésta sea expuesta a la crítica. Es una tesis epistemológica: las opiniones que son criticadas o equivocadas tendrán más oportunidades de cambiarse cuando existe la posibilidad de crítica. El gobierno de Estados Unidos es un caso muy interesante y paradigmático de esto: tomó decisiones de gran importancia con muy poca deliberación y crítica sobre la política de Medio Oriente y la invasión en Irak que lo condujo a toda una serie de errores e incompetencias. La eliminación de la discusión implicó decisiones que en la actualidad son vistas como errores por quienes las tomaron.

— En su libro *Principios del gobierno representativo* (Madrid, Alianza, 1998) usted realizó una tipología de la democracia representativa. La última etapa la definió como *democracia de audiencia*, en la cual los ciudadanos ya no votan por programas o partidos sino por personas que se vinculan con el electorado a través de los medios de comunicación. ¿Continuamos viviendo en estas democracias?

— Sí, por una razón fundamental: aquello que yo comprendía por democracia del público o democracia de audiencia es una situación en la cual no hay clivajes predominantes y preexistentes que se imponen a los actores políticos. Por ejemplo, pueden predominar entre los electores clivajes sobre cuestiones económicas pero también sobre cuestiones de valores. Tomemos dos casos. Uno fue la estrategia de campaña del equipo de la administración Bush que movilizó a los ciudadanos sobre temas sociales como el aborto y el casamiento gay, logrando captar una parte del electorado que apoyaba a los demócratas en su política económica y fiscal favorable a los más perjudicados. Un caso inverso fue el del gobierno socialista español: una vez en el poder, Zapatero eligió deliberadamente acentuar el clivaje sobre algunos temas sociales (el divorcio, el aborto, el casamiento gay) para consolidar una mayoría. Pero su política económica no es muy diferente a la del Partido Popular de Aznar. Nos encontramos entonces en sociedades donde hay muchos clivajes posibles, entre los cuales hay que elegir alguno para constituir mayorías.

— Usted afirma que las democracias tienen la capacidad de provocar una decepción creadora. ¿Podría explicar esta idea?

— En la actualidad la democracia significa un ideal y a la vez un régimen político real y concreto que se opone a la dictadura o al gobierno autoritario. Mostrar los puntos sobre los cuales las democracias reales no realizan el ideal o no funcionan bien provoca una cierta decepción. Pero esta decepción es también un recurso: incita a la invención. Podemos encontrar medios de mejorar el funcionamiento de

las democracias reales (por ejemplo, con la promoción de instituciones deliberativas), conservando al mismo tiempo los valores existentes. Pero esto implica adoptar un camino reformista y pragmático. Es necesario identificar los problemas o los fracasos precisos de las democracias reales y probar soluciones por ensayo y error. Se pueden inventar nuevos dispositivos, ponerlos en marcha, ver si cumplen con las expectativas y abandonarlos si no las cumplen. Esto supone que se deben tener diagnósticos concretos y precisos para que los problemas no se muestren a través de discursos generales y pretenciosos que no llevan a ninguna mejoría real.

— Las características que se identificaban con la ciudadanía y representación política parecieran haber cambiado. ¿Esta mutación implica una crisis de la democracia?

— La noción de crisis no nos dice gran cosa porque es vaga y se aplica a todo. Constantemente se anuncia la crisis de la familia, de la escuela, de las fuerzas armadas, de la justicia, de la seguridad, de la democracia. Es una primera razón para desconfiar de este concepto. Sin embargo, la noción de crisis se utiliza con frecuencia porque da sentido a una situación compleja y crea la impresión que comprendemos y dominamos esa situación. Pero es una impresión ilusoria. Seguramente hay cosas que no funcionan bien en los gobiernos representativos. Pero tenemos todo para ganar si afinamos el diagnóstico, es decir, si identificamos un punto preciso que no funciona bien. Por ejemplo, si hay un descenso en la confianza en las instituciones políticas o una degradación en la imagen de los partidos políticos podemos observar estos problemas como lo que son. En cambio, si los analizamos como diferentes facetas de una «crisis de representación» nos vemos desbordados por el diagnóstico. Tenemos quizás la impresión de entender la situación pero no tenemos la remota idea de qué es lo que hay que hacer para solucionar el problema. Entonces sólo podremos lamentarnos sobre la decadencia de las cosas o escapar hacia la utopía. En definitiva, este diagnóstico de «crisis de representación» o «crisis de la democracia» no ayuda ni al conocimiento ni a la acción.